

PALABRAS DE UN APARECIDO



A tarde es bochornosa. El sol de julio bate sus fuegos sobre el tejado de la cuadra y caldea el aire del interior. Las ventanas abiertas, veladas por unas cortinas de arpillera, apenas respiran. A través de ellas se filtra una luz dulce, hipnótica.

La labor cotidiana, en esta hora, es pesada. Tendremos que sufrir el suplicio de cada día en esta temporada. Esforzarnos en resistir el sueño que incansable, cual moscardón, ronda nuestros ojos.

Sentados frente al catre y ante un montón de taponos, los dedos mecánicamente ruedan los corchos, que van a parar a sus respectivos cestos. Aquí la primera calidad, allí la segunda, más allá la tercera. Al caer en el cesto, los taponos producen un sonido opaco. Cloc... Cloc... Cloc...

Ante nuestra vista vacilante, se alzan unas estibas de sacas y al fondo de la cuadra, varios trastos amontonados. Entre ellos destaca un antiguo *taulell* de hechurar taponos a mano. Son las armas y blasones de una fábrica antigua.

Los dedos siguen su monótono ritmo y el cerebro, sin fuerzas, se desentiende de la labor. Con automatismo nos colocamos el cigarrillo en la boca y aspiramos el humo por hábito y sin delicia.

En nuestra cabeza voltea una idea fija. El Director de «CHUT» nos ha pedido un artículo sobre la cocina autóctona y se lo hemos prometido.

Sí; tenemos que cumplir nuestra promesa, pero este calor...

Es pesado escribir cuando no se tiene la costumbre ni la destreza. El cerebro no hilvana las ideas con claridad ni rapidez y las cuartillas ante uno, son obsesionalmente blancas y ávidas de caligrafía...

La modorra vence nuestros ojos y el ala de un ángel roza nuestra cabeza...

Frente al *taulell* nos fijamos que hay un hombre sentado. Viste blusa azul acampanada y toca su cabeza una gorra de seda negra. Se levanta y viene hacia nosotros. El bigote blanco nicotinado le enmarca los labios. Una teoría de arrugas festonea sus ojos. Es una imagen conocida... Diría que es el abuelo...

Abrimos los ojos en un esfuerzo y la imagen se esfuma. ¡Bah! Ha sido una alucinación, pensamos. Los párpados se cierran de nuevo.

Entonces la imagen vuelve a aparecer y una voz jovial y pastosa nos dice frente a nosotros:

—Hijo, no seas cruel contigo mismo. No abras los ojos; sesteas. No ves que es natural que te entre sueño a esta hora, ante un trasto que todo el mundo emplea para dormir y que nosotros hemos adoptado para trabajar. Además, si abres los ojos también serás cruel conmigo, pues no me verás. ¿Es que no te gusta ver a tu abuelo?

—Sí, abuelo, pero hay que trabajar... La vida está tan cara... — contestamos.

—Bah... ¿Es que no ganaste dinero mandando taponos a Alemania hace seis años?...

—Sí, pero...

—Sí, sí, ya sé lo que quieres decir. Mira yo soy alma tutelar de esta fábrica. Al fin y al cabo yo fui quien la creó y por tanto sé muchas cosas. Hasta sé lo que te preocupa en estos momentos. Este artículo sobre la cocina típica de San Feliu. No te preocupes, hombre, voy a ayudarte. No en vano soy un viejo taponero y sobre el ramo de la cocina soy gato viejo. Me gusta que un descendiente mío escriba en los periódicos. Te contaré algo sobre este tema. ¿Fumamos?

—Sí, con mucho gusto. Aquí va la petaca.

Liados los cigarrillos, el humo grisáceo sube al techo y un tufillo desagradable invade la sala. El abuelo carraspea y lanza un taco.

—Perdona, abuelo... Me olvidé decírtelo, es ave llano...

—Sí, ya sé que ahora fumais cosas extrañas, pero no sabía que fuera tan malo...

Su cabeza se menea con bondadosa conmisericordia...

—Ah, esos nuevos tiempos... — exclama.

Se sienta frente a mí. Coge un tapón y por atavismo lo rueda entre sus dedos sarmentosos.

—¡Ay! Hacéis una primera que no llega ni a la cerveza de mi tiempo. Este corcho tan poco criado... tan *souple*...

—Sí, claro, pero esto depende de los precios... Además la mano de obra está tan cara...

—Ya lo sé, ya lo sé... pero mira, dejemos los taponos ahora... Voy a decirte cuatro cosas sobre lo que te interesa de la cocina de los taponeros. A ver si las aprovechas bien para tu artículo.